

333

LA NOVELA
CORTA



10 cts.

OS OJOS CLAROS

G-F 16971

HERNANDEZ CATÁ

N.º 333
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 22
Abril 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELÉFONO J-024

El más ilustre de los saineteros contemporáneos, gloria de la escena española

Carlos Arniches

publicará en LA NOVELA TEATRAL sus popularísimas comedias

**LA POBRE NINA
LOS CACIQUES
LA HEROICA VILLA
LA CHICA DEL GATO
MI HOMBRE**

La segunda de las cuales

LA HEROICA VILLA

se publicará mañana domingo.

30 céntimos.

LA CHICA DEL GATO se publicó el domingo, 16.

R. 226850 T- 161806 C. 71310499

LOS OJOS CLAROS

NOVELA INEDITA

A. HERNANDEZ CATA

I

Las circunstancias que precedieron los hechos cuyo recuerdo voy a perpetuar fueron vulgares; forzoso es confesarlo para sembrar en el lector la idea de que esta narración ha de ir tan paralela y próxima a la verdad cuanto me sea posible. Conoci a don Eligio, sin que nadie me lo presentase, en un café; sobre el almohadillado rojo y marchito del diván, su cuerpo tenía poco relieve; su cráneo mondo, de ingenua redondez, formaba con su propia imagen copiada en la turbia profundidad del espejo dos hemisferios marfilinos. ¿Quién hubiese dicho al verlo ante el vaso de leche con media tostada, que era un hombre casi milagroso? Nada me costaría dárme las aquí de sagaz diciendo que presenté sus excepcionales aptitudes, a pesar de la común envoltura carnal de su espíritu y de la raída indumentaria de su carne; pero me he propuesto ser historiador y no novelista, y ello impone cierta continencia. Sólo después de hablar un rato con él, asiado del tumulto de la tertulia, comencé a vislumbrar su personalidad: primero tuve tentación de burlarme, luego un interés malsano fué mezclándose con la risa hasta reemplazarla, y al fin, la admiración entusiasta y pura dejó limpio mi espíritu y fijó en él las relaciones que durante algún tiempo existieron entre nosotros. Cuando salimos del café y quedamos citados, quise resumir en una imagen mi impresión, y pensé en un largo y tétrico pasillo, a cuyo fin, inesperadamente, se abriese la puerta de oro de una mansión de luz, de síntesis y de perfecciones.

Pero la palabra síntesis me trae de pronto la idea de que, antes de exponer los hechos—error frecuente en muchos historiadores—he insinuado mi juicio; vamos, pues, a retroceder unos pasos para llenar la laguna. Acaso convenga completar con rasgos soneros el retrato de don Eligio, de quien sólo conoce el lector la brillantez de su calva y el deterioro de su traje. Dentro de esas ropas, hay un cuerpillo agitado por un tic nervioso, semejante a continuos gritos de alerta de la sensibilidad; y bajo la calva, proindivisa con la frente, unos ojos rojizos, casi perdidos entre carnosidades; una nariz que guarda reminiscencias judaicas y dos mejillas surcadas por hondas arrugas; termínese el dibujo del rostro con una barbilla casi infantil, pónganse a los lados unas orejas de tamaño excesivo y algo caídas hacia delante, como si quisieran recoger el menor susurro de los labios, y con estos pormenores, más de un pintor sería capaz de acometer uno de esos retratos, delectación de las familias, que con el paso de las generaciones concuyen su vida en cualquier granero o guardarropa de teatro. Para añadir a nuestra primera revista alguno de esos detalles menudos que parecen en todo género de narración, es los puntales de la verdad, diré que la tertulia donde conocí a don Eligio estaba formada por jóvenes escritores. Un chico cetrino, de cabeza que no en vano debía tener el aspecto de una selva, propinaba rícos puñetazos sobre el mármol, para decir no recuerdo cuales atrocidades a propósito de un poeta cargado de triunfos y de a os; otro oponíase a estas censuras imitando a la perfección el rebuzno, y los demás manifestaban con petulante denuedo habilidades por el estío. De lejos, unos cuantos sesudos burgueses contemplaban, acaso con admiración, el cenáculo, y acaso también alguno de ellos se decía: “De esos jóvenes deben provenir esos artículos admirables e incomprensibles que me dan a diario la tranquilidad de qué mi periódico tiene dos columnas menos de lectura.....” Estos dos acasos serán los últimos signos de duda en esta narración. Si el historiador titubea, ¿cuál no ha de ser el desconcierto de sus lectores cuando vean aparecer junto al tumulto de los hombres, sucesos de explicación difícil y aún de seros sobrenaturales? El sueño

de Carlos XII, el empujamiento de Fernando IV, las voces oídas por la doncella de Orleans y otros acontecimientos de igual índole, deben ser tan indubitables como los hechos a seres que jamás estuvieron en contacto con lo maravilloso, de los cuales ni aun los más suspicaces dudan, fiados en su apariencia, de vulgaridad. De Herodoto a Mommsen, pasando por el seductor Michelet cuya historia de la Revolución francesa parece un cuento amor, de violencia y de idealismo, la Historia tuvo siempre ese carácter afirmativo, del cual sería aventurado prescindir. Sólo a un hombre tan arbitrario como Pelayo González se le ocurre afirmar que la Historia es un cuento fantástico escrito con nombres verdaderos.

Yo llevaba en la mano la linda novela de H. G. Wells, *When the Sleeper Wakes*, y como ninguno de los escritorzuelos cometió la agradable indiscreción de preguntarme qué libro era, lo puse con afectado descuido sobre la mesa y vi que don Elirio alargaba su mirada hacia él, éste fué el primer hilo invisible de nuestra simpatía. Después de ofrecérselo con un ademán y una sonrisa, le dije:

—Tómelo usted; vealo, si quiere.

Lo estuvo ojeando largo rato para lo cual se puso unos lentes redondos bordados de concha; entonces pude fijarme en sus manos, manos muy ágiles, muy largas, cuyos dedos parecían tener más de dos falanges. Al devolverme el libro, ya me fué fácil anudar la conversación:

—Si le interesa el género, puedo prestarle otras obras del mismo autor; leyendo usted inglés...

—No, si no leo.

—¡Ah!

Y como sin duda manifestó demasiado mi gesto el estupor de haberlo visto ojear con tal compacidad un libro escrito en idioma ininteligible, repuso mostrándome por primera vez aquella sonrisa que, a pesar de mermarle el bigote vintid, le iluminaba toda la cara infantilmente:

—No se extrañe... Yo, que he leído bastante, no puedo dominar esa curiosidad ante los papeles escritos en idiomas extraños. La idea de que en las páginas hay ideas claras que, por una simple falta de preparación, no entiendo, me sirve para justificar la actitud del público con respecto a mis teorías e invenciones... Porque yo soy inventor y un poco filósofo, ¿sabe usted? Además, realizo sobre las líneas muertas para mí, una especie de trabajo de vivificación; y como la cosa resulta imposible, pues invento sobre las páginas indescifrables una especie de libro nuevo, y esto me sirve de ejercicio... Creo que con esto no se ofende a nadie.

—¡Qué ha de ofender!

—También me sucede en el teatro y en el cinematógrafo: estimulado por la atención, el cerebro se aparta de la pantalla o de la escena donde está sujeta la mirada, y se me ocurren otras películas, otras obras... ¡qué sé yo!

—Eso es ya menos raro... ¿De modo que es usted inventor? ¿Cosas de mecánica, naturalmente?

—Pech... Hasta cierto punto... Como creo que no son utensilios lo que la Humanidad echa de menos sino organismos vivos, aun a riesgo de trabajar más, encamino mis esfuerzos a reconstruir un descubrimiento cuya fórmula, perdida hoy, debe datar de milares de años... También me ocupo de un asunto de arboricultura, que revolucionará la tierra... Cosillas... ¿Sabe usted también el latín?

—Apenas los pretéritos y supinos y lo de *nusa nusa*.

—Es lástima: he encontrado un libraco antiguo, que habla de los trabajos de Alb rto el Grande, y... ¡si estuviera en inglés!

—Lo veremos de todos modos. Si viene usted aquí por las noches...

—No; nos veremos en otro sitio... Aquí hay mucha luz, mucho ruido y ciertos pensamientos, los mejores, tal vez son tímidos y no se atreven a salir de su madrigue a cuando hay barullo... He venido hoy aquí a cobrar una deuda; pero por lo visto no elegí bien la hora; ese muchacho, el que grita, es hijo de mi portera, y me debe unas pesetejas... Si usted quiere nos veremos mañana por la tarde, en el parque... Las mañanas las tengo ocupadas.

—Muy bien ¿Es buena hora las tres?

—Por la tarde, cualquiera... En el segundo banco, bajo los castaños.

—Sí, sí.

Salimos. Poco a poco fuimos dejando detrás al grupo de jóvenes, y como en algunas calles estrechas retumbaban sus voces y entorpecían el curso tranquilo de nuestro coloquio, apretamos el paso. La noche era serena, diáfana, y sobre el polvo de plata tendido sobre el cielo, un lucero grandísimo parpadeaba con brillo casi inteligente. Lo estábamos mirando arrobados, cuando mi nuevo amigo me preguntó:

—Usted no conoce las estrellas, ¿verdad?

—De chico me las enseñó un primo de mi padre que era marino, pero las he olvidado. Se tiene uno que fijar tanto en las cosas de aquí abajo, que la verdad...

—Entonces no sabe si esa estrella es Sirio.

—Pongamos que sí... ¿por qué?

—Porque está mirando a la tierra con un interés tan solícito, tan indudable, que aquí quisiera yo ver al señor don Ernesto Renán, para decirle si nuestras vidas importan o no a nuestros planetas.

—¿Qué cosas tiene usted!... ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

Nos separamos. Como el ayuntamiento alumbra tan mal la ciudad, no pude percibirlo, a pesar de volver la cabeza varias veces; su figura se fundió en la sombra, y por último, ya muy lejos, lo ví destacarse en la franja de luz que proyectaba sobre la calle la puerta de una casuca, donde una mujer intentó en vano retenerlo. He aquí un hombre original, pensé; un hombre de ayer o de mañana, pero no de hoy. Y mi gusto ingénito por los hombres originales, peligrosa pasión de historiador, empezó a fermentar. Yo hubiera querido acortar la noche, atraer el sol, obligarlo a trasponer el cénti, y con dedo invisible, poner en ángulo recto las manecillas de todos los relojes; hubiese querido... Mas, ¿no es esta manera de escribir digna de la ligereza abundante de un novelista e indigna de un casto adorador de Clío? Ahora comprendo que es mucho más sencillo decir que sentía impaciencia porque sonasen las tres de la tarde del siguiente día.

II

Aun cuando el recuerdo del paisaje primaverales solicita con sus incentivos la pluma, debo contrariar toda atracción que me aleje del momento de presentar por completo a don Eligio y de transmitir el estupor que su conversación me produjo. Indicaciones someras de color deben de bastar para que se imaginen cosas tan perennes en la conciencia del lector como el campo y el cielo, y fuera pecar contra la sobriedad insistir en el aspecto flúido del firmamento, en la ternura del verde, en la brisa fragante que paseando por las avenidas y agitando todo, comunicaba aun a las cosas más lejanas una sensación de presencia y de vida. Algún pájaro trinaba jubiloso, ebrio de luz, y desde la charca donde sin ruido desangrábase una fuente de rojizas aguas, las ranas le parodiaban con insidia... Mi maestro, el historiador Shelengt, habría suplido todas estas líneas por frases escuetas que suscitaran representaciones e hiciesen surgir la visión, como surgen chispas del pedernal cuando el acero lo golpea. Un parque; media tarde; primavera... Y nada más. Como no en vano él es maestro y yo discípulo, me hallo, después de haber escrito con exceso, en la necesidad de añadir toques al cuadro. Suponed en este paisaje, mitad urbano mitad campestre, un hombre que pasea para dar válvula a su impaciencia, y mira al reloj y mira a la cinta polvorosa del camino por donde el amigo esperado ha de venir... ¿Lo habéis supuesto? Ahora, antes de que llegue su amigo, y con prisa, pues no puede tardar, el historiador olvidadizo ha de pedir perdón a la dama Cronología, brazo derecho de la Historia y causa de que tantos cuitados estudiantes se embrollen. Este paisaje, ese hombre que aguarda, esa impaciencia, ese reloj, cuyas agujas dicen que hace cinco minutos eran las tres, ese viejo mal vestido que acaba de aparecer en lo alto del repecho y al verme junto a la verja del parque apresura los pasos sin lograr imprimirles un gímástico ritmo, tuvieron realidad y concordia en una tarde de abril, allá por el año mil novecientos quince. Y, ahora que nada falta, puedo proseguir descuidadamente.

Don Eligio, antes de llegar, enjugó su frente con un pañuelo de los llamados

de hierbas—¿delicado tributo a la cita eglogal o mera costumbre de usarlos?—; luego, me tendió la diestra con benevolencia, y, sin que yo formulara el reproche, lo previno con estas palabras:

—Ya sé que llego un poco tarde...

—No, no...

—Como tengo mucho que hacer y no tengo reloj... Desde que salgo de la fábrica de juguetes, en donde trabajo toda la mañana, mido mi tiempo por referencias susceptibles de error, pero más baratas que un reloj en todo caso: a las dos y media entran los albañiles en las obras; a las tres sale la edición de *El Mensajero*; a las cinco llega el novio de mi vecina, y, si no hace mucho frío, ella se asoma, bebe en el botijo y le echa un buchito con antihigiénica coquetería... En fin, que tengo a lo largo del camino de cada jornada distribuidos mis jalones, y así sé siempre cuánto me falta por recorrer.

—¿Quiere usted que nos sentemos aquí?

Nos sentamos sobre un banco granítico, cuyas chispas de sílice encendía el sol, y estuvimos un rato callados, en alerta mutismo que ninguno de los dos osaba romper. Las ramas crujían dulcemente, desperezándose; todo el campo ondulaba con un vaivén de complacencia. Yo, al cabo, temeroso de ese gran descubridor de impaciencias que se llama silencio, le pregunté algo sobre la fábrica de juguetes.

—Trabajo ahí desde hace años por dos razones: porque me da para vivir y porque creo que una labor cotidiana de índole material es el mejor freno para los desvíos de la inteligencia. El pensamiento llega a adquirir una palpitación metódica y, como cuenta con la habilidad de las manos, jamás propone obras erizadas de imposibilidades de ejecución. Por otra parte, el mecanismo de los juguetes, por su pueril ingeniosidad y el fin puro a que se destinan, me agrada. Hay, además, en esa fábrica un defecto, sin el cual yo no sería feliz: la falta de visión del trabajo, que me permite construir los juguetes casi por completo—y como ya podrá ver usted si hablamos alguna vez de mis obras serias—me ha dado más de una idea para el estudio de la anatomía y de la mecánica. Ayer, sin ir más lejos, terminé un forjador machacando sobre un yunque mientras el aprendiz aviva la fragua, verdaderamente instructivo. No puede usted imaginarse la agilidad de las articulaciones, la apariencia de alma en acción... ¡Y pensar que cualquier muchacho romperá ese portento en media hora!

—Consuélese, pues a Dios y a la Naturaleza les pasa exactamente igual. La falta de proporción entre el esfuerzo y el tiempo necesario para crear y para destruir, es lo más triste del mundo.

—No sabe usted cuánto me complace oírle esas palabras, que han sido el origen de todos mis desvelos. Gracias a ellas he podido llegar a donde estoy.

Con movimiento irreflexivo contemplé su estado y, en verdad, no me pareció la meta de una vida luminosa. Mas, temiendo haber impurificado mi juicio con bastardos elementos de lucro y otras de índole material, me pregunté: “¿Es ese banco comunal trasunto del asiento ideológico donde se afirmaba su espíritu?” El se rebulló; luego, me miró hondamente a los ojos, tal vez para ver si hallaba dentro de ellos las llamas frías de la burla; y, después de aciarar mi ansia con una pausa, prosiguió así:

—Mis dos invenciones capitales están basadas en esa terrible desproporción, y son un remedio contra la facilidad de destruir... Puedo decírselo, porque dentro de poco no será ya secreto. Se trata del procedimiento para acelerar el crecimiento, el logro total de organismos vivos. ¿Se da cuenta de la trascendencia? Primero lo estudié en los árboles y ahora estoy a punto de obtenerlo en seres de mayor complicación orgánica... La cosa es ya un hecho.

—¡Ah!

El chispazo eléctrico de mi sorpresa fué tan áspero, que don Eligio creyó útil anteceder su revelación de algunas advertencias. Yo era todo oídos; sin pensar en la contradicción que con mis palabras anteriores hubiere ofrecido mi ira, habría aniquilado a todos los batracios de la charca, y aun al mismo pájaro embridado de luz, cuya greguería resonaba en la fronda. Hubiera querido que toda

la naturaleza callase un instante para dar una revelación tan necesaria para ella, y para oír la yo a mis anchas. Otra vez el pañuelo de hierbas volvió a secar de nuevo su frente y recorrió después la calva, perlada de sudor. Como el silencio se prolongaba y podía llegar a llenarse de equívocos, aventuré uno de esos comienzos de frase que son cauce abierto al caudal del interlocutor.

—¿De modo que?...

Don Eligio cayó en el cepe: los hombres cumbres son, por lo común, incautos para precaverse contra las fútiles de los parlanchines.

—Ya le dije anoche que no eran aparatos lo que necesitaba la humanidad —dijo sonriendo—, sino humanidad misma en sus tres órdenes fundamentales: animal, vegetal y mineral. El esfuerzo de tantos alquimistas para hallar la piedra filosofal, cuyo hallazgo hubiese concluido por desviar la noción de riqueza hacia valores de más positiva necesidad para nosotros, lo testifica. Yo estoy seguro de que lo hecho por mí, sobre todo en lo que al primero de esos tres reinos se refiere, ha sido ya hecho, y sin la pérdida de documentos referentes a las civilizaciones multiseculares del Asia y de la India, mi esfuerzo habría sido inútil. En fin, el progreso está en gran parte nutrido de resurrecciones, y la idea de perfección que nos da la circunferencia, la forma de los astros, el curso casi circular de sus órbitas y hasta ese parecido a la infancia que tiene la vejez, indican la necesidad de que las cosas vuelvan... ¿Comprende? Para no fatigarle, le diré que mi primer invento se reduce a una inyección, especie de abono que pudiéramos llamar *tiempina*, merced al cual el bosque que se tala en un año podrá repoblarse en dos horas.

—¿De veras?

—Como lo oye usted. ¿No ha visto algunas veces en manos de los chicos esos relojes descompuestos en los que, abandonadas las manecillas a la cuerda, ya sin el freno dosificador del áncora, las horas pasan con rapidez de vértigo? Pues eso es. Mi inyección—sólo me faltan algunos ingredientes para terminarla, entre ellos algunas gotas del elixir de los tonistas, de que habrá usted oído hablar (¡En mi vida! Mea culpa.)—hará pasar por el interior de la tierra la acción de infinitas horas, de innumerables días, y en un solo minuto la savia vivificará troncos, ramas y hojas con los elementos nutritivos de cientos de años. De este modo, el nivel del tiempo entre crear y destruir será restablecido. ¿Verdad que la cosa es sencilla y sorprendente? Si le interesa, podré darle pronto una prueba.

Confieso que la risa golpeó el interior de mis labios, crispados en el afán de no darle libertad. Ante nosotros, los campos que ceñían el parque mostraban las floraciones incipientes, y yo no podía pensar, sin maravillarme y sin ganas de soltar la carejada a la vez, en que bastaría a don Eligio ingurgitar medio litro de tiempina con su prolífica jeringa para ver surgir una selva como en los lindos cuentos de hadas. Cien preguntas pugnaban por manifestarse, pero el temor de parecer incrédulo o de ser injusto las contuvieron. El debió entrever por mis ojos la duda, pues me dijo, en tono donde la amargura pretendía velarse con un dejo mundano:

—Puede usted no creerme... Si le hubieran dicho a su abuela, cuando se alumbraba con hachones de sebo, que bastaría dar vuelta a una llavecita para tener un rayo de sol encerrado en un frasco y colgado de dos hilos trenzados, habría puesto la misma cara de usted. Y eso que todavía no le he hablado de mi descubrimiento fundamental, del que... Pero, en fin, si no tiene fe, no vale la pena. Además, como ya le he dicho, podré demostrárselo dentro de muy poco... La semana que viene.

—No, si yo no dudo; si tengo fe.

—El jueves, a esta misma hora, nos reuniremos en mi casa. ¿Quiere?

—Con mucho gusto; dígame las señas.

—Es en la calle del Ejemplo... No me acuerdo del número; la casa de ladrillo junto a la nueva de la esquina; hay una frutería al lado y una funeraria dos puertas antes... En el cuarto piso.

El pájaro y las ranas habían callado, y hasta la brisa, como si también participase de mi perplejidad, se encalmó un momento. Yo, hombre moderno, hombre

que deseaba librar su espíritu de las trabas tradicionales e imponerle las disciplinas de la ciencia, siquiera fuera de una tan veleidosa amiga del embustero Arte como es la Historia, no podía comportarme respecto de un hombre a quien podían reservar los siglos futuros honores más merecidos que los tributados hoy a Pitágoras, a Arquímedes y a Newton con la burlona necedad de un villano. Era preciso tener fe, ¡qué caramba! Aquello era bastante más creíble que el misterio de la Encarnación o el Apocalipsis, y millones de gentes no dudan de que lo uno ha ocurrido y lo otro ha de ocurrir. Yo tendría fe..., un poco de fe hasta el día de la prueba. A mis aptitudes de historiador ofrecíase ocasión insuperable; tal vez no fué el azar quien me llevó al café la noche anterior. Puesto que doctos compañeros admiten la intervención del apóstol Santiago en un combate, ¿no puedo yo admitir la existencia del Ángel de la Guarda? Admitida. Nuestros querubines tutelares, concordando nuestros caminos, habían hecho coincidir en un punto al sabio insigne y a su historiador.

Nos habíamos levantado y, tácitamente, emprendimos a pasos lentos el retorno. Junto al camino, los terrenos yermos me impulsaron a solicitar para ellos y para bien de nuestra vista una inyección fecundadora. Para dar a nuestro silencio un sentido cordial, ligué mi brazo con el suyo, y, al cabo de un rato, le pregunté con tono confiado, después de halagarle con un testimonio de mi fe:

—Será una revolución en el mundo científico... ¿Y el otro invento?

—¡Bah!—me dijo—. No es invento, sino descubrimiento: creo haber hallado el modo de fabricar hombres.

III

Si don Eligio hubiese habitado sobre una columna de piedra, en medio del desierto, sus hechos, traspasando los arenales, habrían ido repitiéndose entre exclamaciones admirativas de las gentes, hasta tejerle una aureola de fama; pero el inventor de la tiempina vivía en la indiferencia de una gran ciudad, rodeado de hombres hacinados y preocupados y en el cuarto piso de una de esas mansiones modernas que parecen jaulas; es decir, vivía sin gustar las mieles del renombre. Mientras me dediqué discretamente, en los días intermedios entre nuestra entrevista del parque y la memorable de su laboratorio, a sonsacar a sus vecinos noticias suyas a fin de sazonar con detalles biográficos la monografía larvada ya en alma inquieta de historiador acerca de la tiempina y los hombres antibiológicos, pude convencerme de cuánto más fácil es manejar testimonios muertos en los archivos que recogerlos palpitantes de boca de los contemporáneos. Sólo entonces me pareció dudoso el valor de las crónicas, cuya autenticidad había tantas veces “puesto sobre mi pecho”, y un gusanó roedor anidó aquel día, a hurtadillas de mi conciencia, en los cimientos de mi vocación. Recuerdo que al volver a mi gabinete de trabajo y pasar la vista sobre las copiosísimas notas que habían de nutrir mi “Historia de los lacedemonios”, los márgenes blancos dejados para dar cabida a nuevas investigaciones, produjéronme una impresión de bienestar cuyo sentido irónico no pude entonces discernir... La primera derrota de mis previsiones fué al notar que nadie conocía como inventor a don Eligio. El genio, me dije, es modesto, y sólo cuando halla concavidad de una comprensión se abandona, se torna locuaz y se deja ir por el plano inclinado de las confidencias. No pretendo ocultar que en esta explicación había un poco de incienso para mí mismo; y si todos los testimonios no hubieran estado concordes, la habría repudiado sin pena de mi vanidad, fiel a los métodos de enjuiciamiento que para todo hombre de ciencia deben constituir las tablas de la Ley. El frutero conocía sólo de vista a don Eligio, y como jamás le compraba ni le veía mercar muchas provisiones en las tiendas de la vecindad, suponíale empleado cesante o maestro de escuela en ejercicio; el hombre del estanco, militar retirado sin duda, me respondió mirándome apenas, con lapidaria brusquedad: “No fuma, no escribe cartas: no sé nada de él”; el droguero, en cambio, fué prolijo: me insinuó varias opiniones calumniosas, y pretendió relacionar las monedas espurias, mezcladas desde hacía poco a las hijas legítimas del Estado, con la misteriosa actividad de mi amigo. Yo protesté, y él, sin ambages ni rodeos, me dijo que tanto sulfato de cobre, azufre y acetato de plomo como el buen señor le compraba, no podían ser para

nada bueno. El de la funeraria, también un poco historiador a su modo, sólo se interesaba por los muertos y enfermos susceptibles de un entierro de primera clase. Nadie, en fin, pudo darme acerca del sabio pormenor digno de anotar, y ni siquiera el jueves, cuando, con el pretexto de inquirir si estaba en casa, estimulé la elocuencia de la portera dándole una propina, pude conseguir dato o reactivo alguno para aclarar su imagen borrosa. La buena mujer abrió los ojos, casi tanto como la mano donde las monedas cayeron, y, después de preguntarme, alarmada, si yo era de la policía, se deshizo en palabras confusas. Hube de jurarle que no sólo guiaba mi interés la más efusiva simpatía hacia su inquilino, sino que lo juzgaba incapaz de cuanto no fuera correcto; alabé su genio, su bondad, su modestia, y, si darme cuenta de que así aventuraba juicios, cuando mi propósito era ir a buscarlos, tan bien le produce la impresión de conocer a don Eligio de toda la vida, que empezó a preguntarme con avidez:

—¿De modo que el señorito es amigo suyo? Y ¿tiene familia? Y ¿no está un poco, vamos, así, manioso? Y ¿le ha visto el señor la maña que se da para apañar juguetes? Y ¿sabe el señor lo que tiene guardado con tanto sigilo detrás de la cortina y pa qué le sirven esos chirimboles? Y genio no tie ninguno, créame, son prontos... Debe ser un hombre mu cabal, cuando el señorito se interesa por él. ¿Es verdad que está solito en el mundo, como un bongo?

Si el aluvión de preguntas y adulaciones me hubiera dejado espacio, quizás yo, irreflexivamente, hubiese dicho la verdad; mas, cuando la falta de aliento le cortó el discurso, yo había ya comprendido que toda duda emitida por mí redundaría en perjuicio del inventor. Y mientras meditaba que la mentira y la verdad no existen en nosotros de modo absoluto, si no se producen en el choque de ideas con los demás, la buena mujer, apoyando la escoba en la bola de cristal que remataba la escalera, empezó a quejarse de los vecinos del tercero, gente "mu desconsolada y mu creía de su riqueza, que no miraba su calidad, pues ahí, donde yo la veía, era nacía en buenos pañales, y cosas de la vida la habían traído a la perra condición de verse en este oficio de zarrapastro". No me habló tampoco bien de los del segundo ni de los del principal, y sólo tuvo frases de alabanza para don Eligio. De súbito, me preguntó si yo tenía metimiento en algún periódico, pues "el hijo de sus pecaos se había, desde dos años antes, dejao el oficio y estaba loco escribiendo dramas, artículos y hasta obras pa ponerlas en música... El chico era un sinvergüenza con muchísimo talento y sabiduría, eso sí, y sacaba de su cabeza la mar de cosas, y adivinaba toas las charás de los papeles y había que óirlo discursar pa quedarse embebido; pero no le ganaba ni un céntimo, y con el aquel de alternar hasta le había empenao un mantón y... en fin..."

Sabe Dios cuántas aventuras más habría tenido que escucharle de no bajar en aquel momento una muchacha joven, muy airosa, que nos saludó, al pasar, con mucha gentileza. La portera le respondió hecha un alfiler, y este detalle me indujo a creer fuese hija o sobrina del inventor, mas en seguida supe que era la señorita del tercero, "una coqueta de tomo y lomo, con un novio más antipático que un recibo". Lo de la coquetería debía de ser verdad, pues la muchacha, no contenta de mirar de soslayo, giró de pronto al estar en la calle, y, dirigiéndose a la portera, dijo que la modista iba a traerle un vestido de baile y que le rogaba la aguardase, pues volvía en seguida. El gesto mitad iracundo mitad malicioso de la portera, me dijo bien claro que el vestido no existía y era torpe pretexto para venir a fisgonear; yo no quise aceptar esa frase ordinaria, pero hube de sustituirla por observar, pues mientras la joven habló sentí la mirada de sus ojos zarcos ir inventariando las particularidades externas de mi persona. Escribo esto, no por presunción, sino contrariando mi modestia en homenaje a la exactitud; y para probar que consigno igualmente los hechos favorables y los adversos, añadiré: "Y su mirada me turbó tan ridículamente, que con brusco saludo me despedí, di un tropezón horrendo, y perseguido por su risa apenas sofocada, avancé sin detenerme escaleras arriba, hasta que estuve frente a la puerta de don Eligio".

El sabio había sentido mis pasos y me aguardaba en el umbral. La conciencia del gran honor que recaería, pasado el tiempo, sobre mí, por haberlo visitado, en su bohardilla, laboratorio en los días oscuros de su lucha contra la ignorancia, triun-

fó en seguida de mi azoramiento. De una ojeada ambiciosa quise abarcar toda la estancia; el techo seguía la vertiente del tejado, y por una claraboya caía vertical la luz fuerte del mediodía; el techo y las paredes eran calizas; ni un grabado ni otro ornamento turbaba esa sensación de limpieza triste y desamparada que tienen las blancas paredes de las celdas y de las salas de hospital; hasta un rato después no distinguí tenues inscripciones escritas con lápiz. Sobre una mesa apiñábanse panzudas retortas, una lámpara de alcohol, varios crisoles, un mortero de mármol, una balanza, algunos envoltorios, botellas, redomas y numerosos utensilios difíciles de especificar. Un solo diván, que, según luego supe, transformábase por la noche en cama merced a ingenioso artificio, era el único mueble; y gracias a esta ausencia de trastos ofrecía la buhardilla cierto aspecto de orden. El muro de la izquierda tenía un entrante, especie de nicho gigantesco; hecho tal vez para guardarropa, cubierto con una lona muy gruesa, que debió ser en sus buenos tiempos funda de catre o vela marina. De la claraboya, sujeto a tres alambres divergentes, pendía un quinqué de acetileno. Todo esto fué visto en seguida, con ojeada voraz, sin invertir más tiempo que el empleado por don Eligio en decirme, con su sonriosa bondadosa:

—Hoy es usted, a pesar de tener reloj, quien no llega a tiempo. Cuando el sol pasa de esta raya deben de ser las tres y media.

—Sí; dispénsame... Me han entretenido y...

Pero él, con su tolerancia de superhombre, me había absuelto ya, y, cortándole la palabra, me ahorró inventar un contratiempo para substituir mi chismo-grafeo con la pórtora.

—Siéntese usted, siéntese usted...

Nos acomodamos en el sofá, y entonces pude completar el examen. En un rincón se alineaban varios cochecitos de hojalata, dos juglares y diversos juguetes de cuerda; en el rincón homólogo, una materia al pronto misteriosa y después identificada como serrín, formaba un montículo. El lado más ancho de la lucerna estaba al hilo de la fachada, y si hubiese existido una silla y se hubiera arriesgado a subir el inventor, habría podido permitirse la ilusión de tener un balcón a la calle, al igual de los demás vecinos... Mientras fotografiaba yo en mi memoria estos rasgos de su morada, don Eligio fué a tomar de sobre la mesa una botella y me la ofreció sencillamente:

—Aquí la tiene usted... la tiempina.

Confieso que mis manos temblaron al coger el líquido transcendental. En aquel frasco, hecho con manos toscas para contener vino peleón o cualquier otro villano líquido, encerrábase el germen de selvas sin cuento, y, si por inadvertencia mía, se hubiera derramado una gota, no dudo que entre las junturas de los desportillados ladrillos habrían surgido en el acto enhiestos troncos, frondas, flores y frutos de infinitas especies. El elixir aparecía a mi vista con transparencia impura, opalino, y un peso denso iba de un lado a otro al moverlo. No sé si por predisposición imaginativa me pareció la botella casi ingrátida; y en mi fantasía las selvas vírgenes de la India y de América y la colosal Selva negra aparecieron cual arboledas miserables... Pero, ¿sería cierto el poder vivificador? Como para afinar en el espíritu la creencia de una maravilla no hay mejor cosa que citar otra aún más increíble, don Eligio se puso a hablarme de los hombres artificiales y yo le devolví la tiempina sin dudar ya, deseoso de presenciar cuanto antes su experimento máximo. Aprovechando el tiempo que empleó en ir hasta la mesa para colocar la botella, volví la cabeza y traté de leer algunas de las inscripciones escritas sobre el muro; sólo tuve tiempo de descifrar dos, y, según pude comprobar en otras visitas, decían así: "Para el jueves, cuatro docenas de ratas mecánicas." "El señor Galileo descubrió que la tierra no se estaba quieta." Cuando se hubo sentado a mi lado otra vez, me interrogó con paternal acento:

—¿Tenemos fe aún?

—Siempre, don Eligio.

—Es que, contra mis cálculos, no podrá ser hoy la experiencia definitiva.

Mi sonrisa debió tener algo de crispatura, pues, sin darme tiempo a responderle, añadió:

—Pero será mañana, sin falta... No olvide usted que sin fe no hay hombre de ciencia... Mire, aquí está el libro latino de que le hablé anoche.

Era un libro de bordes carcomidos, encuadernado en piel amarilla. Le faltaban muchas hojas, y las pastas, muy abarquilladas, ofrecieron una resistencia casi animal a mi propósito de aplastarlas. Después de intentar en vano descifrar algo, don Eligio me preguntó:

—¿Usted no ha oído decir, o no ha leído, que Alberto el Grande hizo un hombre artificial, tan semejante a los verdaderos, que su discípulo Santo Tomás de Aquino, al hallarlo en el laboratorio y oírle hablar, creyó que era obra del diablo, y, arrojándose de una estaca, destruyó en un solo minuto de ofuscación el fruto de treinta años de labor del filósofo y artífice insigne?

—No; no había oído nada de eso.

—Pues no lo dude usted, es verdad.

—¡Cuando usted lo dice!... Lo que sí leí en una novela de Williers de l'Isle Adam es que el mago de Menlo Park construyó una muñeca tan divinamente animada y parecida a una mujer, que concluyó por pegársela a su enamorado, ni más ni menos que si fuera de carne y hueso; y sin ir tan allá, mi sobrino tiene un libro de cuentos donde se dicen cosas peregrinas de un niño de madera llamado Pinocho.

—Muy bien, muy bien.

Mientras se frotaba las manos con el gozo de ver confirmada su teoría, yo le pregunté sin transición:

—¿Trata usted a sus vecinos del tercero? ¿Verdad que hay también algunas mujeres tan lindas y finas como muñecas, don Eligio?

—Tratar, no trato a nadie... más que a los hicos de la vecindad, a quienes doy alguna vez juguetes—me dijo—. Y, en cuanto a la segunda pregunta, he de contestarle con otra: ¿No ha notado usted que muchos hombres tienen caras de animales?

—Y hechos; sí, señor.

—Hablo de aspectos; fíjese: caras de caballo, ojos de oveja, cuellos de jirafa, rostros de peces, gestos de alimañas, risa de pájaro, vientre de anfibio, movimientos de araña y de gusanos. Sí lo ha notado usted, claro está. Pues eso es defecto de construcción, amigo mío... Porque se empleó para fabricarlos principio animal en lugar del otro, del mío, del que sin duda usó también Alberto el Grande. Lo que no cabe duda es que la chispa de Dios, la imagen y semejanza de Dios, sólo pueden serlo esos contados hombres de vida pura y fuerza creadora tan intensa, que no hace falta esforzarse para sentir su divinidad. Los que el vulgo llama genios son simplemente los verdaderos hombres. Los demás son de origen artificial, y en unos más y en otros menos se ve el defecto: o son brutales, como bestias, o pesados, como piedras. Reproducen porque el sexualismo se imita bien, pero los nervios y el cerebro son fofos, bastos. Imitan los aspectos sin llegar a la llama ideal, a lo abstracto, a lo absoluto; el libre pensamiento lo traducen por no pensar, y el espíritu religioso, por beatitud. He oído que un tal Darwin sostiene que el hombre descende del mono. Me gustaría conocerle para decirle que coincide en parte conmigo... Del mono y otros animales, muchos; pero de otras substancias inanimadas en apariencia, otros, los más. ¿No ha observado que algunos tienen también caras terrosas, cuerpos de sarmiento, ojos de jaspé? Ahí está el quid... Cuando usted vea mi ejemplar se convencerá de las ventajas de usar materia prima exclusivamente mineral.

Yo, que comenzaba a dudar de todo, no dudé ni un punto de esas ventajas técnicas. Don Eligio pretendió argüir nuevas observaciones y razones, pero le atajé brutalmente. La teoría nada me importaba, estaba sediento de testimonios. Mi juicio quedaba en suspenso hasta el otro día, y se lo dije con lealtad. Si el historiador dispersa su atención y embota sus armas espirituales en el laberinto formado por las infinitas flexiones de la voluntad, de la inteligencia o del instinto que preceden a cada acción, al surgir los hechos, origen y sueto primordial de la Historia, lo mejor de su caudal estará consumido. Lo subconsciente pertenece al psicólogo, no a nosotros... Con amical severidad declaré que mi fe permanecía in-

cólume, dispuesta a transformarse en entusiasta culto apenas sobreviniese la certidumbre, mas algo de mi espíritu estaba ausente, distraído. Una invencible prisa por marcharme sugirióme el pretexto de una visita, y de nuevo quedamos citados. Ya en la escalera, me atusé el bigote, desarrugué mi pantalón y empecé el descenso muy despacio. ¿Persistía en mi ánimo algo del ambiente saturado de visiones de la vivienda de mi amigo? No lo sé, pero juraría que al cruzar el piso tercero la mirilla de la puerta se descorrió con cautela y que al través del enrejado dos ojos zarcos me contemplaron suavemente.

IV

Jamás habría yo quitado a ese relato la autoritaria impersonalidad común a casi todas las historias, si imperativos acontecimientos no cambiaran en su trascurso mi papel de historiador por el de personaje activo. A partir de esta declaración, he de tratarme con el mismo criterio que a los demás; mi personalidad se desdobra: el yo historiador sigue mirando desde lo alto con mirada ubieca; sigue poseyendo la clave de las acciones, el oscuro secreto de las causas, la razón crítica de los resultados; mientras el yo personaje se somete y, mísero sujeto de observación, transige con las exigencias de su inesperado juez. Ha de decirle sus apellidos, sus más significativos rasgos físicos y morales; y en vano trata de esquivarse acogiéndose a la confianza, hija de una convivencia tan estrecha y tan larga, de toda la vida nada menos. La Historia es la Historia, le dice el yo profesional. Sin ese tributo a la indiscreción, ¿no sería harto honorífico ser protagonista de algo en esta vida, donde los más sólo tienen papeles de comparsas? Tan insinuantes reflexiones me han convencido, y, en prueba de ello, estampo cuantas referencias me pide. Procuraré ser imparcial y hacerlo de prisa, como si se tratase de llenar las imperativas casillas del padrón.

Me llamo Carlos Lazi y Robledo; nací a mediados del año 91, el 23 de Junio por la tarde... Mis padres son ricos y no tienen otro hijo. He estudiado derecho con aprovechamiento, después de un largo internado en un colegio de Maiden-landley, y allí, husmeando para distraer el tedio en los papeles del gran hispanista Percy Mac Elerhs, contraí la enfermedad de historiador. Mis primeros folletos, acerca del poeta Blanco White y sobre los orígenes de los Estuados, engendraron en mis padres tan disculpable y contagioso orgullo, que desde entonces sólo desean ver desencadenarse cataclismos a fin de que yo los fije con letras de fuego y de oro en las páginas aún blancas de la Historia. Posteriormente, he dado a luz en varias revistas trabajos calificados por los envidiosos de estimables; y ahora proyecto hallar en el Archivo de Indias los documentos base de una obra fuerte, rica de erudición y audaz de inducciones y forma sobre los indios siboneyes. ¿Es suficiente? Añadiré sin sonrojo que mi vida ha sido muy tranquila, exenta de esos goces prematuros que merman fuerzas al cuerpo y virtud efectiva al espíritu. Mi madre, siempre novelesca, me dice a menudo: "Eres frío, hijo: esos ingleses te han agitado el temperamento como si se tratase de un vaso de "whiski"; mi padre, al contrario, sostiene que bajo mi aspecto mesurado poseo un alma vehemente. Ya veremos quién tiene razón. Y, ahora, a los hechos.

Al otro día, llegué con anterioridad a la cita, y otra vez la mano de la portera volvió a abrirse para recibir la dádiva. Nada le pregunté de don Eligio; dijérase que cuanto concernía a mi amigo y aun a su propia imagen habíase amortiguado de súbito en mi interés; le hablé de su hijo el escritor, y, con absurda generosidad, ofrecí hallarle empleo; luego, volví a hablarle de los vecinos, de las vecinas de la casa... No debí velar bien mis preocupaciones, porque, al final de la plática, empezó a charlar con mucho elogio de los vecinos del tercer piso, y, sobre todo, de la muchacha. "Una señorita de las que quedan pocas; muy de su casa, muy caritativa y muy necesitada, además, de encontrar a un hombre de verdad, eso es." No se habían aún cerrado sus labios para el panegírico cuando, desde arriba, sonó una voz de oro, una voz algo trémula... Su temblor se comunicó a mi alma, y en el erial histórico de mi imaginación encendiéronse de pronto mil rosales. ¿Verdad que sabes quién habla, lector, desde lo alto de esa escalera casi celeste como la de Jacob? Serías muy torpe si no hubieras ya reconocido la voz inconfundible de los ojos zarcos.

—¡Portera!... ¡Portera!...

—Señorita Matilde... (Ella es, señorito... Asímesa y la verá, si quiere)—y, en seguida, en alta voz—: ¿Qué mandaba usted?

—¡Ah!... ¿Está usted muy ocupada? Dispense.

—No, no; diga.

—Quería pedirle que me subiera de la cisterna un poco de agua para regar mi tuesto de claveles... Se me mueren los pobres... ¡Ay, qué disgusto si se me mueren!

—En seguida subo.

Lector, lector, haz examen de conciencia y confiesa si existe algo más tiránico, más delicioso, menos sujeto a leyes que el amor. Es taumaturgo, cuya varita convierte las alegrías en felicidad, las contrariedades en desdichas; es círculo mágico, y para comprenderlo se necesita estar dentro, gozar su hechizo y sentirse tan pronto Titán como desfallecer por una frase, por un gesto, por una mirada que se desvía o se clava en nosotros con marcado desdén. La luna, el aire, las brisas de abril, la augusta tristeza del otoño, cuando esa potencia de exaltación se pone dócil al servicio de los enamorados, y hasta la armonía sideral toma el mismo ritmo de sus corazones. Toda la tierra es tálamo y todo el firmamento dosel; en el gélido rigor de diciembre encuentra la tibieza necesaria para el epitalamio. Y ese amor tan distinto para el brutal deseo (a pesar de sus innegables tangencias) se sostiene inmutable en la constante mudanza de las cosas. Es enfermedad que amarga a todos en la primavera de la vida, mas, por fortuna, pocos la sufren o la disfrutan íntegramente; y esos pacientes venturosos no curan nunca y ven el mundo con ojos distintos; moral de amor, religión de amor, espíritu y carne de amor. Nada pesa en la balanza del alma cuanto el beso furtivo, las manos juntas, los silencios apasionados, el inmenso minuto en que los ojos, extáticos los iris, concentran el mirar y bucean unos en otros, ávidos de descubrir la verdad recóndita. Ni las responsabilidades, ni los peligros, ni aun los años, extirpan los constantes retoños del enfermo de amor: cada día tendrá brotes nuevos e ilusiones imposibles harán subir el alma a los labios, a la pasión agitarse con hervorosa marejada y a los brazos tenderse con el ansia y la solvencia física juvenil... Tú, lector, no puedes saber el influjo de voces cual esa nacarina y frágil que acaba de caer en lluvia musical desde lo alto de la escalera. ¿Sonries? ¿Cómo has de saberlo si yo mismo no lo sabía hace un instante? Sean para su dueña todas las alabanzas de la letanía y las palabras ígneas del cántico de Salomón; que su boca comparta con la de su elegido la miel de los panales; que los obstáculos se amansan al rozarlos sus manos; que las sombras de la vida se clarifiquen al penetrarlas su mirada; que sus entrañas conciben un varón y una hembra perfectos, carne de amor y de dolor y no mentida aperiencia de humanidad como la soñada por don Eligio; que su alma sea en su cuerpo cual magnífica esencia encerrada en vaso escultórico, que desde lejos se queme con mi llama y que sus pensamientos formen un seno donde se cobijen los míos. Amén.

El *yo* antiguo, el discípulo de Shelengt, protesta de la exaltación anterior; la califa de énfasis, de lirismo, de hueca pompa retórica, y pretende borrarla; mas el nuevo *yo* se le opone con denodado impulso. O han de coexistir en adelante armoniosamente, sin bastardo deseo de predominio por parte de ninguno o se han de separar también para siempre. Siempre o nunca, hé aquí las palabras: el amor, como el odio, no sabe otras. La codicia espera, la lujuria se consume en su propia efímera llama, la envidia acecha, va oblicua y se disfraza, si es preciso, de elogio. Sólo el amor y el odio, anverso y reverso de la medalla donde pone el espíritu su supremo troquel, no acepta treguas ni se conforma con victorias dudosas. En un solo minuto lanza por encima de la borda, sin cuidarse de la furia del mar, la carga acopiada durante toda la existencia. ¿Quiere eso decir que por esa voz y en la llama de los ojos zarcos quemaría el historiador hasta el Archivo de Indias íntegro? No trates de saberlo, *yo* dogmático, más hijo de Clío que de mi romántica madre, lectora siempre emocionada de novelas... Tú mismo me has dicho que Marco Antonio, que Aníbal, que el austero Alejandro... Pero, sí; en esto tienes razón: divago, me anego en digresiones y le robo espacio a los hechos... Perdona, es que en el amor el hecho no es nada y la digresión, por lo

ondulante, por lo proteica, es quien le da ese aspecto de inédito en cada ser enamorado. Releyendo esto me viene a la memoria la historia de Tristán Shandy, tan trabajosamente narrada por el clérigo diabólico de Clonmel, y... Pero, ¿vas a divagar aún? clama colérico el *yo* antiguo. No, no más, no más... Ahora hechos, hechos, sólo hechos...

Subí las escaleras, y, aunque al llegar al piso tercero sostenía el corazón que ya tenía concluido el camino, la memoria me llevó más arriba; pero he de afirmar, ahora sin duda, sin temor de alucinaciones, que esta vez los ojos zarcos estaban tras de la mirilla para verme pasar, y que el hecho es tan indudable como la muerte del general Prim o el ser la raza de Cromañón una de las primeras pobladoras de España. La puerta de la boardilla estaba entreabierta y entré. Don Eligio me recibió con desconsuelo:

—Tampoco podrá ser hoy, amigo mío.

—No importa, querido don Eligio; no importa.

La onda optimista que dictó esa respuesta se vió recompensada por la pura luz de alegría que fulgió en los ojos del sabio. La fe, don celeste, había sido otorgada a su futuro historiador. ¿Significaban algo unos días de espera ante la magnitud del descubrimiento? Valía más aguardar, llevar las experiencias paso a paso y no exponerse a malograrlas con precipitaciones. Yo estaba dispuesto a ir todos los días a verle, sin cansarme, y aun dos veces cada día si era preciso. Su júbilo me impresionó, y, por primera vez, reparé en su penuria. ¿Cuánto ganaba en la fábrica de juguetes? ¿Siete reales? Yo bien comprendía lo exiguo del jornal para sustentarse y atender a la compra de ingredientes. Lo del hijo de la portera no tenía nombre: aquellas nueve pesetas hurtadas casi con la promesa de pagárselas dos días después, era una acción inícuca, y, de haberlo sabido antes, yo habría ayudado con mucho gusto a comprar las últimas drogas. ¿Creía él que el hijo de la portera aprovecharía para redactor de última fila de un periódico? ¡Claro que era un poco sinvergüenza! Lo de sus pesetas sustraídas no tenía nombre, pero... quizás colocándole se las pagase... Como sentía una necesidad perentoria de ser útil, de protegerlo, y él no entendió mi oferta, al cabo de unos minutos le corté una brumosa disertación acerca de los vertebrados para interrogarle:

—¿Tiene usted portamonedas, querido don Eligio?

—No; nunca tuve.

—¡Hombre!

—El portamonedas es un chisme que sirve para perder el dinero todo junto. Y, por otra parte, como casi nunca tengo dinero que guardar...

Me convenció; y, entonces, privado del recurso de llevarle el portamonedas con la excusa de verlo, hube de apelar a la llaneza:

—Mire usted... Yo sentiría que fuese a confundir mi buen deseo... Quiero más que vea en él la admiración y el afecto reales, vamos... Es decir... Ea, que no tolero que pase usted tantas privaciones. Con lo que mis padres me dan para gastos menudos, y ayudándole casi me hago un favor, pues evito ocasiones y tentaciones. ¿Comprende? Prestándole a usted me hago un honor a mí.

Tuvo que parpadear varias veces muy fuerte para extrangular las lágrimas, y sus brazos temblaron del deseo de abrazarme. Yo, en aquel momento, le hubiese dado no sólo mi dinero, sino mis ropas, mi juventud, y, de haber sido invierno, habría quemado todos mis manuscritos para darle un poco de calor. Antes de aceptar mis auxilios su dignidad quiso determinar las condiciones. No olvidaré nunca el diálogo mitad grotesco mitad conmovido, y estoy seguro de transcribirlo sin error, como si lo copiasé de algún viejo incunable:

—Cuanto usted me preste lo apuntaremos en la pared, ¿eh?

—Donde usted quiera.

—Y del primer dinero que se gane con la tiempina se cobrará.

—Hasta el último céntimo.

—Además, todo cuanto me preste ha de ser para el trabajo, nada para mí.

—Esa es una condición demasiado dura.

—Pues no acepto otra.

—Un traje se tiene que comprar... Ese empieza a estar inmoral, don Eligio.

—Ustedes, los jóvenes, se fijan demasiado en lo externo.

—Es que se ve también parte de lo interno... Sea razonable. ¡Ah!, y en adelante llevará también calzoncillos... Usted comprende que desde el momento en que me convierto, hasta cierto punto, en comanditario, he de cuidarlo... ¡Los negocios son los negocios!

—Bien, bien. Se hará cuanto usted guste. Pero lo primero que se ha de traer es sulfato de zinc.

—¿Cuánto hace falta?

—Cuarenta céntimos... Traeré también un poco de raíz de Florencia y encargaremos arcilla fina.

—Aquí tiene usted cinco duros. Vaya ahora mismo; yo le espero aquí.

—Lo dejaremos para mañana—dijo titubeando.

—No, ahora mismo; ahora mismo.

Comprendí que una duda le detenía, y, para descubrirla, le propuse capciosamente:

—Si recordando la fechoría de Santo Tomás de Aquino no se atreve a dejarme aquí, irá con usted o le esperaré abajo.

Y él, entonces, de nuevo enternecido, me confesó:

—Todo lo mío es desde hoy suyo, bien lo sabe... Sólo que no quiero que vea lo que hay allí—y señalaba la cortina de lona—. No es por nada, tómelo como coquetería de inventor, pero no quiero enseñárselo sino en el momento decisivo. ¿Me da su palabra de honor de que no mirará?

—Palabra de honor o juramento: elija usted.

—Pues ya estoy en marcha.

Se puso el sombrero y echó a correr escaleras abajo; el júbilo le restituía la agilidad robada por los años. Como en el acto de ejercer el bien hay tal virtud que al darlo nos regalamos un tesoro de alegría a nosotros mismos, yo me quedé contento y me puse a sonreír a las blancas paredes sin saber por qué. No podía estar inmóvil. La tensa superficie de lona no me atraía, y ni un instante pensé en traicionar su confianza. Di varias vueltas, me tendí voluptuosamente sobre el sofá, leí nuevas e incongruentes descripciones, medí con pasos el ancho y el largo de la habitación. Y, de pronto, se me ocurrió una idea fantástica, una idea absurda, que, de seguro, disminuirá en los lectores mi reputación de hombre serio. Y no es lo peor la idea, sino el hecho en que se convirtió en seguida y el cual ocultaría de buena gana si el yo histórico no impusiera autoridad para vengarse de la anterior disputa. ¿Debo ponerme en evidencia? Pues cuanto antes, mejor. Oí: arrastré el diván hasta colocarlo debajo del tragaluz, me subí en él, saqué el busto para dominar bien la calle y, sin dejar una sola gota, vacié todo el litro de tiempina sobre el tiesto de claveles de la señorita del tercer piso.

V

Necesito poner en orden mi mente; con la duplicidad del yo, los recuerdos y los impulsos se trastruecan. Escribo hoy de prisa, en mi cuarto, bajo la luz familiar que alumbró tantas horas de estudio. Las cuartillas aguardan, como otras noches, ante mí, en su perjudicial sumisión; mas hoy la pluma no va rápida, y hasta se detiene para tachar de cuando en cuando... A veces, elevo la vista, veo mi cama estrecha, Mullida con esmero, las estampas inglesas pendientes de cordones de seda, el estante con libros, el armario en cuya luna otro Carlos Lazi me considera con cómica expresión de estupor... Es difícil ordenar las memorias en esta noche ya estival, a despecho del calendario; por la tarde llovió, y del jardín suben efluvios vegetales mezclados con esa emanación de humedad siempre sensual y por sensual triste, que es como el aliento de la tierra. Una laxitud grata emperfea el ánimo y los músculos... Vamos a trabajar... Es preciso dar cima a este relato... Curvemos el cuerpo, pongamos la pluma sobre la tersa albura y dejémosla ir al compás de las remembranzas...

Para no interrumpir después el curso de los acontecimientos de estos ocho días, analizaré antes algunos datos psicológicos. Quisiera colocar mi alma frente al espejo, mirarla como ahora mi físico y sorprender ese mecanismo sutil que, a espaldas de la conciencia, prepara el advenimiento del amor. Yo había visto

muchos ojos lindos, había oído muchas voces aterciopeladas, y, sin embargo, los "ojos zarcos" y "la voz de oro" ganaron la batalla sin lucha. Cuando quise aprehender mis armas, ya estaba prisionero. La nariz de Cleopatra no fué roma o excesiva de filo para mal del imperio romano; y para mal de empresas que la modestia me impide ni aun suponer, los ojos de Matilde no se me aparecieron lacrimosos ni su voz dijo sino palabras halagüeñas. ¿Cuándo nació mi amor? ¿Cómo una persona ajena a nuestra vida durante años y años puede en un solo segundo, sin antecedentes espirituales, por la potencia única de la simpatía, mezclarse a ella para siempre e igualarse a padres, a hermanos, a cuantos por ley de sangre o de larvo cariño son eco de nuestro paso por el mundo? Mis pesquisas se anulan en la bruma lejana. Aquel hecho tan poco familiar a mi incuria de atusarme el bigote y de rectificar la raya de mi pantalón cuando bajé por primera vez la escalera a cuyo término la había conocido, es significativo... Sin duda, en ese instante, ya la sierpe o la paloma del amor tenía nido en mi pecho; mas ¿por dónde vino? Su vuelo o su reptar fueron tan apagados, que mi alma, por no estar avizor, no la sintió acercarse. Ya está aquí el amor: bien venido sea. No gastemos tiempo en pedir documentos justificativos a tan imperioso viajero y abrámosle de par en par todas las puertas, a fin de que no tenga necesidad de violentarlas, según su costumbre...

La primera vez que pude hablarla sin testigos, nuestras palabras hubieran sido lamentables de vulgaridad a no ser por los elocuentes silencios que la entrecortaron. Hablamos del tiempo, de mi amistad con don Eligio, de la amabilidad de la portera. El azoro convertía las frases esmeradas en torpes, y ambos debimos semejar a malabaristas desafortunados. Creo que la galanteé y que bajó lo ojos, cual corresponde a una virgen prudente. No me ocultó su escepticismo acerca de todo el género masculino y yo abagué por las excepciones con bravura. Mi alma no se destempló al averiguar que aquella vecina del novio y del bucheito anti-higiénico libado en un botijo, era ella misma, lector. Los celos pretendieron mordeme, pero en seguida—bruma sutil en un amanecer—se desvanecieron: la certidumbre, optimista, me decía: "No te tortures, Matilde será tuya, si quieres; siempre se logra lo que se quiere con fuerte voluntad". ¡Y como yo tenía ya la voluntad subconsciente de hacerla mía!... Hablamos en la acera, a dos pasos del portal de su casa; los dos íbamos muy de prisa, pero charlamos largo rato, y, durante la plática, el estanquero se asomó, lanzó, al vernos, un gruñido perfectamente militar y se entró en su tienda, mientras el obeso droguista, desde la acera de enfrente, reía bonachón, con toda su cara de luna. La criada se apartó de nosotros, y su gesticilo picaresco contribuyó a quebrantar mi aplomo. Yo le aseguré que si alguna vez tenía novia, cosa difícil, dado mi carácter, sería para casarme en seguida; que era hombre de una sola mujer, amigo de la vida quieta, y me parecían incomprensibles esas relaciones de años y años, donde el amor se mustia, extenuado de tanto esperar. Volvió aquí a poner la vista en el suelo, y jamás he visto el rojo y el azul casar tan bien como su rubor con las móviles gemas de sus ojos. Iba vestida con un traje claro, uno de esos vestidos leves y baratos que ponen en las turgencias de las jóvenes el atractivo de algo frutal, y, sin embargo, por aquel gesto de pudor, me pareció que, cual Beatriz, estaba "benignamente d'umilta vestuta". Cuando nos despedimos, al verme ya en el portal, separado de ella por unos pasos, le dije en un arranque de contrición y de franqueza:

—Me tiene usted que perdonar...

—¡Yo!... ¿Por qué?

—Porque soy yo quien tiene la culpa de que se le hayan muerto sus claveles.

Y sin aguardar a ver la respuesta de su asombro, echo a correr escaleras arriba... ¡Ah, maldita tiempina, maldita idea de usarla y maldita fe! He aquí el hecho por donde debieron empezar estas recapitulaciones. Quedé hace poco acodado sobre el tragaluz de don Eligio, vaciando sobre la maceta de claveles el líquido proflífico, y cortando el hilo del cuento me dedico a saltar en vez de ir paso a paso, para no dejar baches lamentables. Falta de plan, negligencia, olvido del método tan recomendado por mi iniciador en el glorioso y accidentado campo de la

Historia. Debo volver atrás, mas... ¿No tiene tal procedimiento muchos riesgos? ¿No me expongo a incurrir en el tedio, losa sepulcral bajo cuya frialdad quedarían para siempre hechos y comentarios? ¿A veces no basta la contumacia para consolidar el error y trocarlo en verdad? Numerosos ejemplos de religión y de historia podrían aducirse... Nada peor que las fluctuaciones. Puesto que según el sentido etimológico, la palabra método vale tanto como "en camino", sigamos por este donde estoy, sin volver al punto donde se bifurcaron las sendas... Consignaré "in extenso" la escena que siguió al diálogo y a mi fuga, para enumerar después en pocas líneas los hechos menudos que llenaron estos ocho días de zozobra, a los cuales ha puesto término la respuesta autógrafa de Matilde a mis dos cartas entregadas a la portera: documento impregnado para mí de emoción empero las dos faltas de ortografía que lo mancillan deliciosamente. En él Matilde duda primero de mi formalidad, acepta en seguida mi proposición de someterse a una prueba, y al cabo, con celeridad digna de su carácter rápido y del poco papel disponible, me dice que sí, que me quiere, que desde ese momento somos novios. ¿Me consentes, lector, posar los labios en esos dos dislates ortográficos antes de proseguir? Ya está.

Hallé entornada la puerta de don Eligio y entré; pero la buhardilla estaba sola. Como había subido los escalones de cuatro en cuatro, me dejé caer en el diván; mientras jadeaba, algunos detalles llamaron mi atención: en la pila de juguetes terminados había manifiesto desorden; un payaso yacía por tierra, y sobre él, sin lograr quitarle su sonrisa de albayalde y carmín, gravitaban tres tranvías y dos grandes molinos de viento. Miré en torno y ví que la cerradura estaba corrida, como si por distracción hubiese sido echada la llave sin encajar previamente la puerta. ¿Habría ocurrido algo? No, sin duda era descuido de don Eligio. Los descuidos de los inventores son proverbiales y hay quien atribuye al gran Newton el ir distraidamente con un pie en la cuneta y otro en la acera, cosa menos creíble que el olvido del inventor de la tiempiña... Miré con desconfianza, mas nada faltaba de sobre la mesa; los cubos de arcilla estaban junto a la pared y cerca de ellos vi esparcido un poco de serrín. ¿Estaría el sabio fabricando ya el cerebro del hombre artificial? No, concluí este pensamiento burlón, cuando la cortina de lona se movió y al moverse me quitó toda idea de moña; se movió como si desde dentro la agitase una fuerza humana... Se reirán ustedes al leer que en la médula me cosquilleó un escalofrío. Ríanse por verdad. Estoy seguro de que al más valiente de los lectores se hubiera puesto carne de gallina al ver entreabrirse el cortinaje y avanzar muy pegado a la pared, y en dirección a la puerta, un muñeco tan bien imitado, tan parecido a un chico de nueve años, que sin cierto movimiento mecánico y el saber lo que yo sabía, habría jurado que era de carne y hueso. Mas donde mi miedo estuvo a punto de trocarse en terror, fué cuando el muñeco, haciendo un mohín cual si fuera a romper a llorar, dijo mirándome de soslayo estas dos sílabas con voz humana, sin el menor dejo de esa trepidación odiosa, peculiar de los fonógrafos.

—Yo... Yo...

Si hubiese tenido ojos negros, estoy seguro de que sin aguardar nada más, bajo los escalones aún más de prisa que los había subido; pero el muñeco tenía ojos zarcos y este detalle, sin saber la causa, me devolvió la serenidad. ¿Será delicado homenaje del inventor?, pensé rápidamente. Y en seguida me acerqué al autómatá dispuesto a darle cuerda o a sostenerlo si alguno de sus resortes se le entorpecía. Creo que fué entonces cuando el muñeco se puso a llorar desconsoladamente y a decirme entre hipos:

—No diga usted que subí, porque me dejarán sin merienda... Lo que yo quería era un payaso. El me lo tiene ofrecido y nunca me lo da.

Por esta invencible tendencia del hombre a hablar hasta con quienes no pueden entenderlo, yo le contesté y sólo a los pocos segundos de dialogar me sorprendí de la coherencia de sus palabras:

—Vaya, tranquilízate...

—¡Ay, ay, ay!

—Vamos a ver, espera.

—¡Me van a castigar, me van a pegar!

—Yo no le diré nada... Pero respóndeme: ¿Cuándo te acabó don Eligio?

—Yo me asomé como siempre para ver los juguetes por la cerradura, y la puerta estaba abierta y... Si se lo dice a papá le dará pena.

—¡Ah!... ¿Conque tú sientes también el cariño filial? ¡Es estupendo!... ¿De modo que tú lo quieres?

—Mucho, papaito es muy bueno... y me lleva a pasear en coche.

Este inesperado hijo me sorprendió sobremanera. ¿Llevaríale la paternidad cerebral y manual a dilapidar mis socorros? Sin duda, algún defecto de construcción impedía al monigote coordinar bien las ideas, y a pesar de su perfección innegable subsistía el muñeco, la máquina. Ya esclavo de la curiosidad, sin miedo alguno lo atraje hacia mí, hundí los dedos en su cuerpo, blandiendo cual si fuese de verdadera carne, y le dije delectando las palabras, para ver si me comprendía y contestaba sin tergiversar:

—Oye... yo te daré el payaso si tú me contestas... ¿Cuándo te acabó don Eligio?

No sé cómo hubiera terminado el coloquio sin la llegada del inventor. Al vernos allí se puso pálido y por vez primera sorprendí un rayo torvo en su mirar. En lugar de empujar al muñeco hacia la cortina le empujó hacia la puerta y lo despidió rudamente. En un solo segundo la verdad triunfó de la engañosa sombra en mi espíritu y pude percibirla hasta en sus menores detalles. ¿Había yo estado loco? El muñeco era un chico de veras, un chico de carne y hueso y turbulencia, como casi todos atraído por el imán de los juguetes, y al oírme llegar se escondió tras la cortina. La lona que había dejado entreabierta, me dejaba ver ahora un maniquí, que al menos como escultor, no acreditaba mucho a don Eligio. De súbito, todo aparecía claro en mi mente: la rigidez de movimientos era miedo, el ir casi pegado a la pared, deseo de ganar la puerta, su cariño filial y hasta los paseos en coche verídicos, verídicos en absoluto. Y por si todo esto no bastase, supe aquel mismo día que los ojos azules del muñeco vivo no eran debidos al azar, sino signo biológico común a todos los hermanos de Matilde y a sus parientes de la rama paterna. Yo habría reído con buenísima gana hasta de mi propia candidez si don Eligio, luego de expulsar al arropiezo, no se hubiese vuelto hacia mí para decirme con palmaria injusticia:

—Está muy bien, muy bien... Ha venido usted a sonsacar, a traicionar mi confianza, a apoderarse de mis secretos quizás con fines industriales... No esperaba de usted esa conducta.

—Si cree usted que yo he ido a abrir por curiosidad la cortina se equivoca de medio a medio.

—Está bien, está bien.

—Además que para ver ese monigote no valía la pena... Y lo de la tiempina, no piense tampoco que me lo creí; si la eché en el tiesto de claves, fué por el gustazo de verlos secarse.

En sus ojos centelleó la ira, y me preguntó dos veces, como si quisiera aún rechazar mi confesada culpa:

—¿Ha sido usted? ¿De manera que ha sido usted?

—Puede estar orgulloso de su invención.

—¿Y lo echó todo?

—El litro entero, sí.

—¡Infeliz! Es usted un pobre muchacho, desprovisto de espíritu científico. La tiempina no es un riego, sino una inyección; y, además, ¿qué le pasaría a un hombre muerto de hambre si le obligase usted bárbaramente a comerse de una sentada un buey?

Confieso que este sofisma me hizo al punto titubear, pero la razón volvió a sobreponerse. Sentados a los dos extremos del sofá, taconeamos un rato nerviosos, "excitados". Si él no hubiera persistido en mirarme con rabia y en contemplar de vez en vez la entreabierta cortina de lona a manera de muda acusación, tal vez yo, fiel a mi natural dulce, habría hallado explicaciones al equi-

voco y restablecido la cordialidad; mas no fué posible. La escena tenía mucho de grotesco y mucho también de doloroso, pues causas bufonescas nos causaban verdadera tristeza. En la claridad morada del crepúsculo, el maniquí tomaba dentro de su nicho una incertidumbre fantasmal, y la sombra nocturna apoderándose de los rincones iba tendiendo sobre nuestros espíritus algo de inexorable. El silencio amenazaba convertirse en losa y pesar para siempre sobre nuestra amistad; y ese demonio del amor propio que a todos nos dominó en alguna ocasión, frustró las palabras balsámicas. Yo estuve todavía un rato inmóvil, en espera de que brotase de sus labios una frase de paz, pero él se mantuvo distante, cefiudo. ¿Por qué no habló? ¿Por qué no tuvo siquiera un ademán que yo hubiera convertido en seguida en rama de olivo? No es mía toda la culpa, si la hostilidad del ambiente volvió a enconar mi ánimo. Su edad disculpaba menos la intransigencia que la mía el arrebató. Fuí rudo, violento, cruel. Me levanté con sequedad, tomé el sombrero, me encogí de hombros y salí sin decirle adiós.

Todavía hoy sufro remordimiento al pensar que el murmullo que oí al bajar los primeros peldaños pudiera ser un suspiro o un sollozo.

VI

Han pasado días y meses desde que puse por última vez la pluma en estas cuartillas, y si no quiero dejarlas truncadas he de completar rápidamente el relato. Preveo que mi actividad va a encauzarse desde ahora por caminos inesperados; mi pensamiento fluctúa, quiere hallar forma perenne en donde vaciarse; mi cambio de vida ha variado todas mis perspectivas espirituales, que hace poco me parecían inmovibles.

Si en vez de vivir en estos tiempos bárbaros, donde la aviación solo sirve para ayudar a morir al hombre, hubiéramos vivido en tiempos mejores y se hubiese entrado en casa de Matilde por la azotea, de seguro mi resquemor con don Eligio no habría degenerado en rompimiento; pero para dejarle las cartas a mi novia era preciso entrar en la portería, sufrir la adulonería y las peticiones de la portera y no sorprenderá que en vez de reconciliarme con el sabio, obligase a mi padre a recomendar al literato en agradecimiento al director de *El Mensajero*, realizando así su ideal—logrado por otros tantas veces—de formar parte de una redacción y de saltar casi de la cartilla a la literatura. No pretendí disculparme; fuí ingrato, venal, pero la marcha acelerada que tomó mi vida disminuye un tanto el delito.

Por aquellos días accedió Matilde a mis ruegos de ir a pasear con su criada y conmigo al Parque, y esos paseos se prolongaban hasta tarde y dejaba tan encendidos mis anhelos, que en cuanto la dejaba me iba a casa para esperar la tarde siguiente y acudir de nuevo a la cita. A veces pensé en escribir a don Eligio; estaba seguro de que mis socorros pecuniarios habíanle cohibido por delicadeza, acercarse a mí; y estaba seguro también de su afecto. No creo necesario insistir ahora en toda la tristeza de esas cartas que debiendo escribirse no se escriben. El amor es un devorador de tiempo y he aquí uno de sus mayores inconvenientes. Mi cariño era tan grande que, no cabiendo en los días, desbordábase en sueños por las noches; durante dos semanas no tuve un minuto de libertad, ni aún de conciencia para observar que ni Matilde ni la portera me decían nada del abandonado. Al fin, le pregunté a ésta, y su contestación fué como melancólica brisa contra las puertas egoístamente cerradas de mi remordimiento.

—Qué, ¿cómo va el gran hombre de arriba? Si le hace falta algo haga usted como que se lo presta y...

—¡Anda!... Si se ha mudao.

—¿Que se ha mudado?... ¿Que se ha ido de la casa?

—Sí, señor... no es pa extrañarse así.

—¿Pero cuándo, mujer?

—Hace días... Debía dos recibos.

—¿Y por qué no me lo dijo usted?

—Como el padre de la señorita Matilde no podía verlo, por el aquél de si

era anarquista, yo pensé que usted pa. estar a bien con su suegro, pues... To lo gastaba en cosas de botica; no estaba bien aquí.

El nuevo redactor de *El Mensajero* tuvo la avilantez de hablarme mal de él, y yo la debilidad de no echarle en cara su estafa. No fué posible averiguar el paradero del inventor; nadie pudo informarme de su nuevo refugio, y mis gestiones en las fábricas de juguetes—no muy insistentes, quiero confesarlo—fracasaron. Como jamás recibí visitas ni le oyeron hablar de parientes, desapareció todo hilo conductor y quedó irreparablemente perdido para mí en la vasta confusión de la ciudad. En mi recuerdo aparecía semejante a un ser de generación espontánea, y toda imaginación no lograba suponerlo niño, rodeado de una madre mimosa, de hermanos, de parientes... Para mí había surgido de súbito a la vida con una autorrealización de su invento, con su pañuelo de hierbas y su calva siempre perlada de sudor.

Como el amor nos hacía generosos, Matilde y yo concedimos permiso a la criada para pasear a la vez con su novio, mocito pinturero que, merced a una sensata administración del palmito, desmentía el anatema divino: "El hombre ha de vivir del sudor de su frente". Estimulada por nuestro ejemplo, y en uso de un derecho difícil de negar por el carácter clandestino de nuestras entrevistas, la vimos amartelarse muchas tardes cerca de nosotros, y su pareja parecía un eco de la nuestra. Poco a poco, las distancias fueron alargándose, y al fin, la criada sólo la llevaba a la Glorieta, a donde iba yo a recogerla, y luego nos citábamos todos a la entrada de la Ciudad y regresaban juntas. Para su padre—Matilde es huérfana de madre, debía haberlo dicho—pasaba las tardes bordando en casa de unas amigas íntimas; y yo, para los míos, adelgazaba a causa de apasionadas e infatigables rebuscas en las Bibliotecas... ¡Ay!, esas distancias cada vez más largas, esa embriaguez de libertad, fueron causa de mi enflaquecimiento y de la precipitación de las cosas. A pesar de mi escrúpulo de historiador, no puedo consignar con detalles los hechos eludidos en las dos líneas anteriores, y el lector me disculpará si tiene en cuenta que Matilde es hoy mi esposa legítima. Tales pormenores serían gratos únicamente a quienes van a buscar a los libros incentivos sensuales y se gozan con cuantas explosiones de la naturaleza frisan el deshonor y la liviandad.

Para dar idea de ellos, vendría bien aquí una línea de puntos suspensivos, recurso de los novelistas; mas me repugna sustituir con cosa tan indeterminada los días más deliciosos de mi existencia y, por otra parte, juzgo esa estratagemma indigna tratándose de una obra seria donde la imaginación debe poner muy poco. Baste saber que Matilde me susurró al oído un secreto tan íntimo, tan conturbador, tan henchido de razones de orgullo y sobresalto, que yo, por la noche, después de oír en vano las exhortaciones de mi madre para combatir la inapetencia y suspender trabajos tan arduos que me empalidecían y me ponían bajo mis ojos hondas amplificaciones moradas, tuve el valor de decir toda la verdad y de asegurar con voz patética la disyuntiva de casarme "ipso facto" o de confiar al cañón de un revólver la solución de un problema en el cual mi honor debía garantizar el de la persona que me confió el suyo. Debí estar elocuente; hablé del deber, de la honra; hice de Matilde un retrato que lamento no recordar; y, tan pronto dominador como suplicante, abogué por mi matrimonio. Tal declaración fué un volcán en mi casa apacible. Mi madre, con notoria injusticia, aseguró, sin conocerla: "Es muy poca cosa para ti; si es preciso, te mandaremos a la Argentina para librarte de las garras de "esa mujer"; y hasta pronunció la palabra *chantage* con detestable acento, mientras mi padre, acariiciándose con insistencia la barba, ordenó: "Ea, calma, calma; veamos... Has hecho mal en tenernos ocultos esos amores... ¿Dices que su apellido es Asenjo? ¿Sabes si el padre es consejero de la Compañía de Ferrocarriles? Bien... Mañana, yo indagaré acerca de esa familia, y, entonces, se podrá decidir... Ahora, vete a la cama... Debes tener fiebre..." Y no sólo tuve fiebre, sino que la tuve altísima, con vehemencia de delirio, y tales amenazas de suicidarme, que mi madre, después de confiscar todas las armas de casa, hasta los cuchillos de postre, pasó la noche junto a mi cabecera, llorando. Todavía

hoy, la inesperada exaltación conservadora de mamá y el liberalismo de mi padre, cuya fama de intransigente es exclusiva hija de su voz bronca, se me aparecen como un consuetudinario gracioso en el recuerdo de aquella noche y me dan nuevo testimonio de cuán distinto es tener ideas a aplicarlas. Mi enfermedad duró cinco días, y al recibir la conciencia hallé a Matilde junto a mi cama latando con mamá, tal si se conocieran de siempre, de los detalles del vestido de boda. Sin duda, los informes dados a mi padre fueron satisfactorios, y con su actitud de hombre que no había tenido jamás la menor concomitancia con la política, fue a ver al padre de Matilde; le explicó la situación y le pidió la mano de la que tantas veces me la había dado ya. ¿Vale la pena añadir más detalles? ¿No será presumo decir que el padre de Matilde y el mío nos han asegurado una rentita suficiente para lo necesario y hasta para algunas cosas superfluas? ¿Puede interesar a alguien si digo que Matilde llevó los azules sobre el vestido de imaculada blancura, con esa majestad que en estos tiempos de democracia sólo enseñan las grandes actrices? ¿Adiviré algún atractivo con aquel si en *El Mensajero* apareció un cuento escrito por mano nuestra, cuando, entre hiperboles, a los cuatro vientos de la publicidad noticia de mi enlace; si la portada nos despidió en la puerta, como si fuera la autora de nuestro matrimonio; si el número, el disgusto de cara jocunda y hasta el esbozo o salechón a vernos pasar, y si el de la funeraria tuvo la delicadeza de no asomarse?

Los primeros días de matrimonio me pareció como si estrenase otra vida. El viaje de novios tuvo esos atractivos que dependen mucho más de los viajes que de los lugares. Vinimos la catedral de Burgos, enviamos postales desde Liria a a todos los amigos, visitamos en París los tugurios de la Place Blanche, pasamos buena hora en "Le Louvre"; muchas en las terrazas de los bulevares y nos retiramos en la torre Eiffel. La guerra interrumpió nuestro viaje, y, según mi suegro y mi padre, esa ha sido su única acción benéfica, pues estaban gastando sin tino... De regreso, nuestra casa nos aguardaba, coqueta, familiar, a pesar de la novedad de todos los muebles. Gracias, muchas gracias, mamá.

Luego, los días han ido amontonándose. Nuestro amor se clarifica como un vino generoso, se ha completado con el conocimiento, con la estimación mutua, y lo perdido en efervescencia lo gana en densidad. Ahora, Matilde no puede presumir de talie, pero está orgullosa y se pasa los días cosiendo para "el heredero", que ya, impaciente por vernos, se agita dentro de la viva antela de su existencia. La voz de oro, no lo quiero negar, ha perdido un poco de su encanto al latirle del precio de las legumbres y de "cómo se están poniendo las cosas"; pero, en cambio, los ojos zarcos siguen pareciendome dos espejos de maravillosa virtud y, aun a riesgo de enfadar a mis padres, querría verlos reproducidos en el hijo esperado. Estas veladas nocturnas, donde entre puntada y tijeretazo se discuten las prendas personales del meteco y hasta se le asignan ya noinas entre yerbas y mas, tienen un encanto burgués; y estoy seguro de que los contentillos de cate del "notable periodista que oculta su nombre en *El Mensajero* tras el pseudónimo de "Lucanor", se reirían al oírnos, en nombre del Arte, sin saber que se molaban de una escena aromada por aliento de eternidad. Matilde y mamá suelen rivalizar en solicitud por el nuevo ser, y le auguran tales hazas que, de cumplirse, dudo pueda su futuro historiador escribir su vida en el tono sosegado que he escrito la mía. Papá y mi suegro suspenden a veces, para escucharlas, sus conversaciones trascendentales, y, a veces también, en medio de las palabras de risa, una onda de ternura nos invade a todos sin causa visible y nos miramos y se nos humedecen los ojos... Por Matilde, estas conversaciones serían constantes y ni se asomaría al balcón; pero se ha puesto serio y ha sido preciso emprender caminatas. Vamos a paso lento—la pobre está entorpecida—y gustamos de pasear por los lugares donde nuestro corto noviazgo tuvo sus primeras expansiones, sin confesarnos que, acaso por el cambio de estación, ya no nos parecen los mismos.

Por cierto que esta tarde hemos tenido un encuentro grato; fué cerca de casa, yo iba distraído y Matilde me llamó la atención:

—Mira, Carlos, mira...

Era don Eligio, con su mismo traje, con su mismo aire abstraído y feliz. Yo, sin reflexionar, dejándome llevar por mi afecto, le llamé a grandes voces, y él vino hacia mí como si nos hubiéramos separado la víspera. No tuvo ni un reproche, ni una pregunta; miró a mi mujer con extrañeza, actitud todavía más rara a mis ojos cuando le pregunté si conocía la noticia de mi boda y me dijo que no. Hablamos largo rato de generalidades, y ya Matilde comenzaba a advertirme con esos pelizquitos finos, que tanto me enervan y que acaso sea un día el origen de nuestra primera riña, cuando le pregunté:

—Y bien, don Eligio, ¿qué hay de sus inventos?

—Bien... Todo bien.

—Pero, ¿se progresa? No sea reservado conmigo.

—Pues le diré... Lo de la tiempina está en suspenso, hasta poder procurarme un poco de elixir de los toaístas; en cambio, lo de los hombres antibiológicos es ya un hecho.

—¿Qué me dice usted?

Y él, entonces, inclinando la cabeza para dar un tono más confidencial a las frases, me comunicó esta noticia asombrosa:

—¿Ha leído usted esas matanzas de la guerra? Pues no se asuste... Son todos hombres artificiales fabricados por mí. Encontré el medio de hacerlos a cientos, a miles..., y la materia mineral es de lo más barata... ¿Le sorprende a usted? Sin duda, es la misma fórmula del gran Alberto y da gusto verlos ir y venir, afanarse, llorar, matar y morir, como si fueran verdaderos hombres. Pero, ¿había usted llegado a figurarse que eran hombres de veras, hermanos entre sí e hijos del hombre fabricado por Dios a su imagen y semejanza? ¡Parece mentira que haya sido tan cándido! ¿Cree usted que si no fueran muñecos trágicos, muñecos sin alma, fáciles de sustituir, irían así a la muerte por cosas tan fútiles?

Nos despedimos, y esta vez tuve buen cuidado de preguntarle sus señas; don Eligio no morirá en el desamparo. Hay en sus maneras, quizás convertidas ya en locuras por las privaciones, un fondo de verdad, lucecita perdida entre grandes jirones de sombra...

La pobre Matilde quedó impresionada al oírle; y como en ella la fe en Dios y en todos los dogmas de la Santa Madre Iglesia es compatible con la creencia en las más absurdas supersticiones, me ha dicho, con los ojos dilatados y deseosos ya de creer:

—¿Y será posible hacer hombres así alguna vez, Carlos?

He procurado tranquilizarla a ese respecto, y suponiendo, con malicia, un poco de melancolía en la posibilidad de ver resuelta su duda afirmativamente, le he dicho que no debe preocuparse y que, antes de la implantación del sistema de don Eligio, yo estoy dispuesto, ateniéndome a las más rigurosas fórmulas del antiguo sistema, a oscurecer la gloria de Jeroboán. No me entendió, y tuve que aclarar mi respuesta así:

—No te asustes, nenita... Nuestros hijos no sufrirán la competencia de hombre que no sean de carne y hueso como ellos. Y si tenemos una hembra, procuraremos que no salga sola con la criada. ¿No te parece? La Humanidad, en esto como en muchas cosas, va tan despacio que parece que no camina.

Dolor de cabeza,

Evita el dolor de muelas.

Alcoholato

ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento.

Alcoholato. — Carnen, 10

Opositores Hacienda

La mejor preparación por lo rápida y económica. Sencillez en las lecciones. Facilidad en las Prácticas. Seguridades éxito. Estudios por correspondencia en TRES meses justos. Honorarios entre 20 y 10 ptas. mensuales. Alumnos de Academias de Madrid, porque les conviene, lo son también del **LICEO ESPAÑOL**, Ap. 378, Cas. 21, Barcelona.

neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del Dr. Caldeiro 3 ² ESETAS. Pídense en farmacias.

Treinta años.

A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana: no debéis descuidaros. Usad en seguida el agua **La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil. — Se vende en perfumerías y droguerías.

Para mayor facilidad en la recepción de la correspondencia, dirijánsenos las cartas en la siguiente forma:

PRENSA POPULAR.

Apartado 8.008.

MADRID (8)

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

Coldós.—49. **Electra.**—53. **Doña Perfecta.**—53. **La boca de la casa.**—82. **Realidad.**—82. **La de San Quintín.**—***Sor Simona.**

Benavente.—9. Todos somos unos. —102. **La copa encantada.**—107. **El marido de su viuda.**—225. **Más fuerte que el amor.**—239. **La princesa Bébé.**—233. **El dragón de fuego.**—259. **La ciudad alegre y confiada.**—261. **La gata de Angora.**—263. **La losa de los sueños.**

Quintero.—66 **Doña Clarines.**—71. **El Patio.**—75. **La escondida senda.**—88 **El niño prodigio.**—***Pepita Reyes.**—255. **El Centenario.**—257. **La zagala.**

Gulmerá.—113. **María Rosa.**—114 **Tierra Baja** 196. **Agua que corre.**

Elnares Rivas.—16. **El Cardenal.**—99. **La Cizaña.**—101. **Bodas de plata.**—241. **Cristobalón.**—246. **Toninadas.**—250. **Flor de los Pazos.**

Martínez Sierra.—29 **Primavera en otoño**—***El ama de la casa.**

Tamayo y Baus.—136 **Un drama nuevo.**—209. **La bola de nieve.**—186 **Lances de honor.**—149. **La locura de amor.**—177. **Lo positivo.**—214. **Virginia.**

Diezta.—7. **El lobo.**—14 **Sobrevivir.**—24. **El señor Feudal.**—38. **El crimen de ayer.**—80. **Daniel.**—69. **Amor de artistas.**—77. **Aurora.**—92. **Luciano.**—****Juan José.**

Zorrilla.—188. **El alcalde Ronquillo.**—150. **El Zapatero y el Rey.**—131. **Sancho García.**—148. **El pañal del Godo.**—171. **La mejor razón la espada.**—234. **El Zapatero y el Rey (I.ª parte.)**

Villaseca.—10. **El Rey galaor.**—93. **Aben-Humeia.**—37. **Doña María de Padilla.**—65. **La locura de Castilla.**—217. **El Halconero.**—****El Alcazar de las Perlas.**—58. **La Gioconda.**

Marquina.—154. **En Flandes se ha puesto el sol.**—183. **Doña María la Brava.**—201 **El Retablo de Agrelano.**—232. **Las hijas del Cid.**—195. **El Rey Trovador.**

Ramos Carrión.—84. **El noveno mandamiento.**—69. **La Tempestad.**—95. **La Bruja.**—155. **La muela del juicio.**—104. **El bigote rubio.**—106. **Los sobrinos del Capitán Grant.**—179. **Mi cara mitad.**—123. **Los señoritos.**—213. **La criatura.**—90. **La Marsellesa.**—271. **Agua, azucarillos y aguardiente.**

Vital Aza.—32. **Francfort.**—33. **La Rebotica.**—B. **Ciencias exactas.**—39. **La Praviata.**—45. **Parada y fonda.**—50. **Tiquis Miquis.**—63. **La saia de armas.**—157. **Las codornices.**—187. **El sueño dorado.**—125. **El matrimonio inferno.**—225. **Llovido del cielo.**—197. **El señor cura.**—131. **El sombrero de copa.**—218. **Con la música a otra parte.**—191. **El afanador.**—200. **Perecito.**

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. **El señor gobernador.**—119. **Zaragüeta.**—183. **Robo en despoblado.**—151. **El padrón municipal.**—110. **El oso muerto.**—132. **La ocasión la pintan calva.**—118. **El rey que rabió.**

Echegaray (Miguel).—44. **La viejecita.**—59. **Gigantes y cabezudos.**—78. **El duque de la Africana.**—81. **La Rabalera.**—115. **Los demonios en el cuerpo.**—178. **La Credencial.**—183. **Los Hugonotes.**—120. **Entre parientes.**—111. **El octavo, no mentir.**

Arniches.—22. **La sobrina del cura.**—11. **La casa de Quirós.**—19. **Las estrellas.**—20. **Dolores.**—21. **La señorita de Trévez.**—43. **La gataza.**—67. **La noche de Reyes.**—282. **La chica del Gato.**

Arniches — García Alvarez.—15. **Alma de Dios.**—17. **El pobre Valviena.**—70. **El terrón Pérez.**—78. **El fresco de Goya.**—83. **El método Górritz.**—87. **El cuarteto Pons.**—97. **Mi papá.**—124. **El pollo Tejada.**—128. **El perro chico.**—106. **Gente menuda.**—122. **El príncipe Casto.**

García Alvarez—Muñoz Seca.—3. **El verdugo de Sevilla.**—12. **Fúcar XXI.**—34. **La frescura de Lafuente.**—51. **El último Bravo.**—56. **Los cuatro Robinsones.**—64. **Pastor y Borrego.**—78. **Trampa y cartón.**—193. **Faustina.**

Muñoz Seca.—270. **La plancha de marquesa.**—273. **La verdad de la mentira.**—275. **Los pergaminos.**—276. **La razón de la locura.**—278. **La cartera del muerto.**—280. **El Condado de Maitrena.**

Muñoz Seca—Pérez Fernández.—267. **Pepé Conde o El mentir de las estrellas.**—268. **La fórmula 3 K3**

Paseo Abati.—13. **El río de oro.**—40. **El gran tacano.**—116. **La Divina Providencia.**—206. **Los perros de presa.**

Perrin - Palacios.-74. La Corte de Faraón.
80. La manta zamorana.-84. Pedro Giménez.-
89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El
Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-

218. Centamen Nacional.-194. Cuadros disol-
ventes.-150. La tierra del Sol.-225. Las mujeres
de don Juan.-146. El País de las Hadas.-249
Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó
75. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto ameri-
40. 35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-43. Los Nove-
leros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-109.
Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121.
Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisa-
nos.-135. Muérete ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carri-
Ho.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha-
de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Cición.-156. El amor vela.-160. La señorita del
almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de
Urbequeta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-186.
El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El dnelo.-192. Los
amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?.-203. La historia
del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mis-
ter Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.
220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de
San Marcial.-228. Judith.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer
348. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya
244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro
251. A secreto agravio, secreta venganza.-254. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.-264. Mi
salvador.-269. La Tierra.-272. La República de la broma.-279. Gerineldo.

ZARZUELAS

Charito la Samaritana.-22. Seratina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha
de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño
judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tondillas
españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Tril-
162. Pancho Virodo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El
aido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Sa-
ustiano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-204. La suerte perra.-285. El As.
211. Tondillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cigarral.-236. El Príncipe Carnaval.
252. Trianeras.-253. La hora del reparto.-256. El parque de Sevilla.-258. La novelera.-262. Matías
López.-265. Tondillas y tonadilleras españolas (3.ª parte).-266. Tondillas y tonadilleras espa-
ñolas (4.ª parte).-274. Tondillas y Tonadilleras españolas (5.ª parte).-277. El chalcó blanco.-281
La Hoja de Parra.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

FLIRT

REVISTA GALANTE

Esta Revista viene a representar en España lo que «La Vie Parisienne» en Francia: la Revista galante escrita por verda-
deros escritores. Júzguese por los que colaboran en ella:

**Manuel Linares Rivas. — Alberto Insúa. — Emilio Garre-
re. — Rafael López de Haro. — Joaquín Belda, etcétera.**

FLIRT se propone no traspasar nunca esos límites de la li-
teratura galante que marcaron los clásicos.

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3. - Apartado 8.008

**SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS Y AME-
RICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS**

SE PUBLICA LOS JUEVES.

30 cts.